



PENINSULA **ODISEAS**

La memoria del Ararat

Xavier Moret

Viaje en busca
de las raíces
de Armenia

Índice

Portada

Dedicatoria

1. El largo camino a Armenia
2. Ararat, el símbolo omnipresente
3. Ereván, la ciudad de los manuscritos
4. El Vaticano armenio
5. Brindando por Armenia
6. El monasterio de la Lanza
7. El Museo del Genocidio
8. El Ararat, tan cerca
9. En el corazón de las montañas
10. Tatev, el monasterio oculto
11. El no-país de Nagorno Karabaj
12. La leyenda de Monte Melkonian
13. El rastro de la batalla de Shushi
14. Stepanakert, la capital renovada
15. «Nosotros somos las montañas»
16. Los desastres de la guerra
17. La esperanza de la paz
18. La memoria de la Ruta de la Seda
19. El increíble lago menguante
20. Dilijan, la Suiza armenia
21. Monasterios, minas y contaminación
22. El rastro del gran terremoto
23. Una música melancólica

24. Nazik, fotógrafa de los supervivientes
 25. El dolor del pintor Arshile Gorky
 26. El universo barroco de Serguei Paradjánov
 27. El Día del Genocidio
 28. La historia de los Sirouyan
 29. La nieve del monte Aragats
 30. Fotos de familia en blanco y negro
 31. El dolor persistente del genocidio
 32. Un superviviente de 103 años
 33. Últimas horas en Ereván
 34. Hasta pronto, Armenia
- Agradecimientos
- Imágenes
- Nota
- Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para mis amigos Adriana y Santiago, que supieron ver este libro mucho antes de que yo viajara a Armenia. Y para su hija Clara, nacida en Barcelona, para que pueda intuir la profundidad histórica y cultural de esta interesante tierra milenaria

1

EL LARGO CAMINO A ARMENIA

Mi viaje a Armenia empieza mucho antes de volar a Armenia. Podría decirse que empieza en la adolescencia, leyendo a William Saroyan, armenio de la diáspora nacido en California, o deleitándome con las aventuras del Corto Maltés, donde a menudo aparecen armenios envueltos en un halo de misterio. Continúa en la isla de San Lazzaro degli Armeni, en Venecia, en la Fundación Gulbenkian de Lisboa o en Jerusalén, donde me sumerjo en los callejones del barrio armenio, cargado de historia y de leyendas. O en Estambul y Beirut, donde siento aflorar de nuevo la identidad armenia mientras escucho canciones de Charles Aznavour (Shah-nourh Varinag Aznavourian de nombre auténtico), como *Ils sont tombés*, en la que denuncia el genocidio que causó la muerte a millón y medio de armenios en 1915.

Mi Armenia antes de Armenia prosigue en lugares tan lejanos como Singapur, Hong Kong, Argentina o Colombia. Fue en el Long Bar del hotel Raffles, en Singapur, mientras bebía un Singapur Sling de color cereza, donde leí que los fundadores de este mítico hotel fueron, en 1887, dos hermanos armenios, Martin y Tigran Sarkies. Es en su memoria que una calle cercana se llama Armenian Street. En Hong Kong me sucedió algo parecido con Paul Chater, un arme-

nio nacido en Calcuta que es básico para entender el auge inicial de esta gran ciudad asiática.

En Buenos Aires, sin haberlo planeado, me encontré una noche cenando con unos amigos en el Centro Armenio, en el barrio de Palermo. Fue allí donde me enteré de que viven en Argentina más de cien mil armenios y que sólo en Buenos Aires hay siete colegios armenios. La armenidad está en todas partes, recuerdo que pensé, mientras alguien me informaba de la existencia de varios políticos de origen armenio y de que el tenista David Nalbandian era el personaje más internacional de la comunidad. Añadieron que había un Club Deportivo Armenio que jugaba en el Estadio Armenia y que había llegado a militar en la Primera División argentina, aunque ahora no pasaba por su mejor momento.

En Colombia fue diferente. Viajando por el país, el azar me llevó a una ciudad llamada Armenia, en el departamento del Quindío. Cuando pregunté de dónde venía el nombre, obtuve respuestas contradictorias: un hombre me dijo que, muchos años atrás, había en aquel lugar una hacienda llamada Armenia, fundada evidentemente por un armenio nostálgico; otro, sin embargo, me aseguró que a la ciudad se le puso este nombre en solidaridad con las víctimas del genocidio de 1915. Sea cual sea el origen, me llamó la atención que la Armenia colombiana fue destruida por un terremoto en 1999, sólo once años después del terremoto que en 1988 golpeó la Armenia original. Era, pensé, como si las dos Armenias estuvieran unidas por un vínculo misterioso, como si el dolor surgido en aquel país lejano hubiera tenido eco al otro lado del mundo.

Otro momento armenio de mi vida ocurrió en el año 2000, cuando viajando en tren por Europa conocí a David Muradyan, un escritor que me habló de la Armenia de ayer y de hoy, de cómo burlaban la censura en el período comu-

nista, de los cambios habidos en el país a partir de la independencia, de la vitalidad de la cultura armenia y del horror del genocidio. Unos años después, los poemas de Daniel Varujan y la película *Ararat*, de Atom Egoyan, me sumergieron de nuevo en el territorio espiritual de la armenidad.

Mi viaje a Armenia, como puede verse, viene de lejos. Viene también de mi amistad con Adriana Adanalian. A Adriana, armenia de Buenos Aires llegada a Barcelona en 1989, me la presentó mi amigo Santiago del Rey, con quien acabaría casándose. Ella me habló de su tierra con la mirada centelleante de ilusión, me invitó a degustar la excelente cocina armenia, me mostró sus cuadernos escolares de Buenos Aires (con el hipnotizante alfabeto armenio, de letras redondeadas hasta el exceso) y me regaló el emocionante *Esprit d'Arménie*, un logro musical de Jordi Savall que homenajea la música subyugadora de aquel país. Mi anécdota preferida, de las muchas que cuenta Adriana, es la del viaje que hizo a Armenia, con Santiago, en 1997. «En Barcelona no había manera de que me quedara embarazada», me contó. «Incluso nos habíamos planteado hacer un tratamiento, pero regresé de Armenia con mi hija Clara en las entrañas. No creo que fuera por casualidad.»

«Aunque no lo sufrimos, las nuevas generaciones también estamos marcadas por el genocidio de 1915», me dijo un día Adriana. «A mí me quedó el sentimiento de culpa por ser una superviviente, y saber que hiciera lo que hiciera me sentiría culpable. Es triste ver que tantos países, entre ellos España, siguen sin reconocer el genocidio armenio, es triste ver que el mundo se niega a cerrar esta herida.»

Fue Adriana quien me presentó a María Ohannesian, otra armenio-argentina de Barcelona que colaboró con María Àngels Anglada en la traducción al catalán de los bellos

poemas de *La tierra púrpura*, de Daniel Varujan; y fue ella también quien me habló de Armen Sirouyan, un arquitecto argentino radicado en Barcelona que era miembro del Consejo Nacional Armenio de España. Adriana insistía en que tenía que conocerle, pero quiso el azar que me cruzara antes con su hermano Cristian. Fue en un viaje por Bolivia. Él iba enviado por el diario argentino *Clarín* y yo por *El Periódico de Catalunya*. Cuando nos presentaron en Santa Cruz de la Sierra, me llamó la atención su apellido armenio. Poco después aclarábamos que no sólo era hermano de Armen, sino que también conocía a Adriana, a la que había entrevistado aquel mismo verano para un programa de radio de la comunidad armenia de Buenos Aires.

Unos meses después conocí a Armen en Barcelona. Me contó que pertenecía a la tercera generación de la diáspora, pero que se sentía tan armenio como el que más; y me habló de su abuelo, Ashot Artzruní, que escribió en los años sesenta una exhaustiva *Historia del pueblo armenio*, que en 2010 él reeditó en España actualizada por su padre, Rubén. También me habló de su hermana Shushan, que a los 18 años, sintiendo la llamada de las raíces, había volado de Buenos Aires a Ereván para estudiar Filología Armenia. «Y allí sigue», me dijo. «Se enamoró de Hovig, un armenio del Líbano, y ambos vivieron a fondo los años de la revolución y de la independencia. Después de tantas emociones ya no quisieron volver. Si algún día viajas a Armenia, tienes que conocerlos.»

Cuando le pregunté a Armen si había viajado alguna vez a Armenia, me dijo que en 1992, tan sólo un año después de la independencia, voló por primera vez a Ereván. «Tenía treinta años y estuve recorriendo el país durante veinte días», recordó. «No me gustó lo que vi: demasiada miseria. La verdad es que, como muchos armenios de la diáspora, tenía el país idealizado. Desde allí llamé a mi madre para

decirle que aquello era como una gran villa miseria. He regresado varias veces, pero nunca he tenido ganas de quedarme.»

Entre los libros que me prestó Armen había dos del periodista José Antonio Gurriarán, *La bomba* (1982) y *Armenios* (2008). El 29 de diciembre de 1980 Gurriarán tuvo la mala suerte de encontrarse frente a la delegación de Swis-sair en Madrid, donde terroristas armenios hicieron estallar una bomba para pedir la liberación de unos compañeros detenidos en Francia. Resultó gravemente herido, pero logró sobrevivir. Unos años después, con la salud maltrecha, inició un viaje de reconciliación en el que intentó encontrar respuestas a las muchas preguntas que se planteaba desde el atentado. Aquel largo viaje le llevó primero al Líbano, donde se entrevistó con terroristas armenios, y después a Armenia, precisamente en compañía de Armen.

Durante todos estos años planeé varias veces viajar a Armenia, pero por una u otra razón siempre acababa por cancelar el viaje. Fue en abril de 2013 cuando por fin volé a Ereván en compañía de un amigo fotógrafo, Alfons Rodríguez. A ambos nos interesaba Armenia: conocer el país y a su gente, tomar el pulso a la sociedad, profundizar en el tema del genocidio y tratar de conocer a alguien que nos pudiera hablar del recuerdo obsesivo de aquel horror que se conmemora cada 24 de abril.

Tras la inmersión de unas cuantas semanas en Armenia, tanto en la capital, Ereván, como en el resto del país, puedo asegurar que no volví decepcionado. Al contrario. La hospitalidad de los armenios me cautivó, hasta el punto de que cuando llegué a casa me di cuenta de que ya tenía ganas de volver a este fascinante país milenario en el que, por desgracia, todavía perdura la dolorosa memoria de un ge-

nocidio que, cien años atrás, costó la vida a un millón y medio de personas.

2

ARARAT, EL SÍMBOLO OMNIPRESENTE

En el mostrador de Air France, en el aeropuerto de Barcelona, empieza este viaje a Armenia, el viaje de verdad. La mujer que nos atiende, una argentina joven y extrovertida, nos dice sin esconder su sorpresa:

—¿A Armenia vais? No es un país muy habitual. A mí sólo me sugiere conflictos y desgracias.

—No puede decirse que nos estés animando —observo con una sonrisa.

—Es que es así —insiste, espontánea—. A algunos países africanos suele ir gente de vez en cuando, pero sois los primeros que veo que vais a Armenia. No es muy turístico, ¿no? Y no creo que sea muy bonito.

—Somos periodistas.

—Ah, ya, entonces lo entiendo, porque ya digo, de Armenia sólo me vienen a la cabeza problemas y conflictos... Puede que sea interesante la gente, porque lo otro...

En fin, que queda claro que la azafata no trabaja para la Oficina de Turismo de Armenia. Más bien al contrario. Recuerdo como contraste que, en noviembre de 2011, cuando facturé en este mismo aeropuerto con destino a Tashkent, la capital de Uzbekistán, una azafata proclamó emocionada la envidia que sentía, ya que siempre había soñado con viajar a Samarkanda. En resumen, la noche y el día.

La azafata nos entrega las tarjetas de embarque con una mirada entristecida, como si pensara que viajamos a un lugar muy parecido al infierno y no pudiera hacer nada por evitarlo.

—A la vuelta te contaremos cómo es Armenia —la tranquilidad—. Ya te adelanto que, por lo que me han dicho, es un país lleno de encantos.

Ella hace una mueca de incredulidad antes de que la perdamos de vista.

El vuelo es tranquilo. Hora y media hasta París, un par de horas de espera en el limbo del aeropuerto Charles de Gaulle y otras cuatro horas y media hasta Ereván. Atravesamos Europa de punta a punta; en el último tramo, el mar Negro se muestra como una inmensa losa de color gris metálico. Mientras lo sobrevolamos, recuerdo que en *El libro de los susurros* el rumano-armenio Varujan Vosganian cuenta que su bisabuelo murió en 1915 cuando, expulsado de Estambul por los jenízaros, consiguió subir a un barco que transportaba refugiados armenios a Rumanía. Llevaba a una hija de cada mano, suspiraba por salvarlas, pero el corazón le falló en cuanto puso los pies a bordo. «Antes de llegar a Constanza, el capitán ordenó que todos los muertos fueran arrojados al mar. Eso hizo que el mar Negro se convirtiese en la tumba movediza de mi bisabuelo Baghdasar Terzian.» Y, para subrayar la dimensión del drama armenio, Vosganian añade: «Mis abuelos comprendieron desde su siglo lo difícil que es morir en la misma tierra en que uno ha nacido. Los viejos armenios de mi infancia carecieron de una sepultura donde acudir para llorar a sus padres.»

A bordo del vuelo procedente de París viajan muchos armenios de la diáspora que no esconden su alegría por el inminente reencuentro con la patria, con el país idealizado.

—Es la primera vez que viajo a Armenia —me cuenta Levon, un armenio-francés de veintitantos años—. Mis padres y mis abuelos son armenios, y he vivido toda la vida inmerso en la cultura armenia, pero me emociona pensar que pronto pisaré por primera vez la tierra de mis antepasados.

Cuando el avión se inclina para encarar la pista de aterrizaje, me fijo en que algunos pasajeros no pueden reprimir las lágrimas al ver la cumbre nevada del Ararat. Es la primera vez que lo ven, me aclara Levon con la voz entrecortada, pero la fotografía de esta montaña de 5.165 metros ocupa desde siempre un lugar de honor en sus casas.

—El Ararat es el símbolo por excelencia de Armenia; el Ararat es Armenia —afirma Levon—. Durante muchos siglos formó parte de nuestra tierra, pero ahora se encuentra en territorio turco, en manos de quienes cometieron el genocidio que nos ha marcado como pueblo.

Las lágrimas que derraman los armenios de a bordo son de emoción y alegría, de una nostalgia que no declina con el paso del tiempo y que se traspasa de generación en generación; son lágrimas que subrayan que, aunque en Armenia viven unos tres millones de personas, los diez millones de la diáspora contribuyen a mantener vivo en todo el mundo el espíritu de este país milenario.

El antiguo aeropuerto de Zvartnots, construido en 1961, tiene forma de volcán, con la torre de control emergiendo del centro como una columna de lava, aunque alguien comenta que le recuerda más bien la estación espacial de *Star Trek*. Es, en cualquier caso, una clara referencia al Ararat, el símbolo total, omnipresente. La nueva terminal, renovada en 2006, ha optado sin embargo por espacios enormes y anónimos, desangelados, de una estética fría, neutra.

Mi primer contacto con Armenia resulta desconcertante. En los últimos días he estado leyendo varios libros sobre la historia del país, y me temo que también yo lo he idealizado. Pero mito y realidad no tardan en chocar. Es de noche, llueve y en la carretera mal iluminada, escoltada por casas bajas y cobertizos de madera, aparecen de repente, como un grito a destiempo, los neones deslumbrantes de casinos y puticlubs, un Las Vegas en plan cutre. Me llama la atención un neón que reproduce la Torre Eiffel; no es tan grande como la original, por supuesto, pero tampoco es de formato pequeño. Sus luces titubean sin poesía en el asfalto mojado, degradado. Me pregunto qué tendrá esto que ver con «la tierra púrpura» del poeta Daniel Varujan... Y, sin embargo, esto también es Armenia.

Circulan muy pocos coches, la mayoría *marshrutkas*, camionetas de transporte colectivo donde siempre cabe alguien más, pero también coches negros con cristales negros al más puro estilo mafia. El ambiente es triste, gris, mortecino. Llueve con desgana.

Antes de entrar en la capital, pasamos frente a la embajada de Estados Unidos, un recinto exageradamente grande, de casi cien mil metros cuadrados, que invita a preguntarse si Armenia, independizada de la Unión Soviética en 1991, no será un protectorado norteamericano. Visto el gran número de armenios que viven en Estados Unidos — millón y medio, aproximadamente (la mitad de los de aquí) —, tampoco sería ningún disparate.

Poco después un gran letrero anuncia que hemos llegado a Ereván. Está en tres alfabetos: armenio, ruso y latino. Las letras armenias caracolean y se engarzan en la mirada. Al lado, en lo alto de una colina, se encuentra la fábrica de coñac Ararat, uno de los orgullos del país. Por cierto, el Ararat data de 1887 y fue elogiado por Churchill en 1945. Su calidad es tan alta que hasta los franceses permitieron